

V

CAEN VARIOS RAYOS SOBRE LA SEÑÁ BOUGON

Al día siguiente, la señá Bougon, que así llamaba Courfeyrac á la vieja portera-inquilina-principal-asistenta de la casucha Gorbeau, — la señá Bougon se llamaba en realidad la señora Burgon, como ya lo hemos consignado, pero aquel calavera de Courfeyrac nada respetaba, — la señá Bougon, decimos, notó estupefacta que el señor Marius salía segunda vez con su frac nuevo.

Volvió al Luxemburgo, pero no avanzó más allá de su banco, es decir, de la mitad de la avenida. Se sentó allí como la víspera, considerando de léjos y viendo distintamente el sombrero blanco, el vestido negro y, sobre todo, el resplandor azul. No se movió de allí, y no volvió á entrar en su casa sino cuando cerraron las puertas del Luxemburgo. Ni siquiera vió retirarse al señor Leblanc

y á su hija; deduciendo él de este hecho que habrían salido del jardín por la verja de la calle del Oeste. Más adelante, algunas semanas despues, cuando pensó en esto, jamas pudo él recordar dónde habia comido aquella tarde.

El día siguiente era ya el tercero, y la señá Bougon quedó nuevamente asombrada y más que asombrada: Marius salía otra vez con su frac nuevo. — ¡ Tres días seguidos! exclamó la vieja escandalizada.

Trató ella de seguirle, pero Marius marchaba muy de prisa, dando inmensas trancadas; era por consiguiente un hipopótamo emprendiendo la persecucion de un gamo. En dos minutos le perdió de vista, y se volvió á entrar en casa sin alientos, sofocada, medio ahogada á causa de su asma, furiosa, endemoniada. — ¡ Veán ustedes si eso es tener buen sentido, refunfuñó cuando ya pudo respirar, ponerse su ropa buena todos los días y hacer correr así á las gentes!

Marius habia ido al Luxemburgo.

La jovencita se hallaba allí con el señor Leblanc. Marius se acercó todo lo más que pudo, haciendo como que leía en un libro, pero todavía se mantuvo bastante léjos, y despues se fué á sentar en su banco, donde pasó cuatro horas mirando á los gorriones que se le figuraba estaban burlándose de él.

Así transcurrieron dos semanas. Marius iba al Luxemburgo, no ya con el ánimo de pasear, sino para sentarse siempre en el mismo sitio y sin saber porqué. Una vez llegado allí, ya no se movía. Todas la mañanas se ponía su frac nuevo para no mostrarse siquiera, y recomenzaba la misma tarea el día siguiente.

Sin duda que la jóven era de una hermosura maravillosa. La única observacion que pudiera hacerse acerca de ella que se asemejara á una crítica, es que la contra-

dicción entre su mirada, que era triste, y su sonrisa, que era alegre, daba á su semblante cierto ademán como distraído ó extraviado, lo que hacía que, en ciertos momentos, aquel rostro dulce y apacible ofrecía un aspecto extraño sin dejar de ser encantador.

VI

CAYO PRISIONERO

Uno de los últimos días de la segunda semana, hallábase Marius como de costumbre sentado en su banco, con un libro abierto en la mano, en el cual no había vuelto hacia dos horas ni una sola página. Estremeciése de improviso. Un acontecimiento pasaba en la extremidad de la avenida. El señor Leblanc y su hija acababan de dejar el banco; la hija había tomado el brazo del padre, y ambos se dirigían, despacio hácia el medio de la avenida donde se hallaba Marius. Cerró éste su libro, volvió á abrirle en seguida, y despues hizo grandes esfuerzos por leer algo. Estaba temblando. La aueñola venía directamente hácia él. — ¡ Ay ! Dios de mi alma ! decía entre sí, ni aún me dará tiempo para tomar una actitud. Entre tanto, el hombre de la cabellera blanca y la jovencita iban avanzando. Pareciale á él que aquello duraba un siglo, y que aquel siglo no era más

que un segundo. — ¿Qué es lo que vienen á hacer por aquí? se preguntaba. — ¡Cómo! ¿y ella va á pasar junto á mi? Sus piés van á andar sobre esta arena, en esta avenida, á dos pasos de donde yo estoy? Estaba trastornado; habria él querido ser muy hermoso, habria querido tener la cruz. Oia cómo se acercaba el ruido apacible y mesurado de sus pasos. Se le figuraba que el señor Leblanc le lanzaba miradas llenas de irritacion. ¿Será que ese buen señor venga á hablarme? decia para sí. Y bajó la cabeza; cuando volvió á levantarla, hallábanse muy cerca de él. La jóven pasó, y al pasar le miró. Miróle fijamente, con cierta dulzura meditabunda que hizo estremecer á Marius de piés á cabeza. Pareciale que ella le echaba en cara el haber estado tanto tiempo sin llegar hasta el sitio donde padre é hija estacionaban, y que le decia: ¡Conque soy yo quién viene! Marius quedó deslumbrado ante aquellas pupilas llenas de rayos y de abismos.

Sentíase un volcan en el cerebro. Habia venido ella hácia él, ¡qué gozo! Y despues, ¡cómo le habia mirado! Este dia la halló más hermosa que nunca. Hermosa de una hermosura á la vez femenina y angélica, de una hermosura completa, que habria hecho cantar á Petrarca y arrodillarse al Dante. Pareciale ya que estaba bogando en pleno firmamento, en las azuladas regiones del empireo. Al mismo tiempo se hallaba horriblemente contrariado, porque tenia las botas empolvadas.

Creía estar seguro de que ella le habia mirado tambien las botas.

La fué siguiendo con los ojos hasta que hubo ella desaparecido á su vista. En seguida se puso á andar por el Luxemburgo como un loco. Es probable que en ciertos momentos reía él solo y hablaba en alta voz. Mostrábase tan caviloso, tan amable y tan tierno para con las niñeras que estaban en el jardin, que cada cual le creía enamorado de ella.

Salió del Luxemburgo, con la esperanza de volverla á encontrar en una calle.

Hallóse con Courfeyrac bajo las arcadas del Odeon y le dijo: Vente á comer conmigo. Fueron á casa de Rousseau y gastaron seis francos. Marius comió como un ogro; y dió seis sueldos al mozo. Á los postres preguntó á Courfeyrac: ¿Has leído el periódico? ¡Qué bonito discurso ha hecho Audry de Puyraveau!

Estaba perdidamente enamorado.

Despues de comer dijo á Courfeyrac: Te convido al teatro. Se fueron al de la Porte-Saint-Martin á ver á Federico en *L'Auberge des Adrets*. Marius se divirtió muchísimo.

Á este tiempo experimentó como un acceso de salvajería. Al salir del teatro, rehusó el mirar la liga de una modista que saltaba un arroyo, y habiéndole dicho Courfeyrac: *De buena gana pondria yo á esa mujer en mi coleccion*, casi le causó horror.

Courfeyrac le habia invitado á almorzar en el café Voltaire el dia siguiente. Marius no faltó á la cita y comió aún más que la vispera. Estaba pensativo, y al mismo tiempo muy alegre. Diríase que aprovechaba todas las ocasiones de reír á carcajadas. Abrazó con ternura á un forastero cualquiera que le fué presentado. Había se formado un círculo de estudiantes al rededor de la mesa, y habian hablado allí de las necedades pagadas por el Estado que se despachan en las cátedras de la Sorbona, recayendo en seguida la conversacion en las faltas y en los vacíos de los diccionarios y de las prosodias-Quicherat: cuando hé aquí que Marius interrumpe la discusion exclamando: — Sin embargo, es muy agradable el tener la cruz.

— ¡Eso sí que es gracioso! dijo Courfeyrac en voz baja á Juan Prouvaire.

— No, respondió Juan Prouvaire, eso sí que es serio. Con efecto, aquello era muy serio. Marius se hallaba en

esa primera hora violenta y deliciosa en que principian las grandes pasiones.

Una mirada habia bastado para operar toda esta transformacion.

Cuando la mina está cargada, cuando el incendio está pronto, nada es más sencillo. Una mirada es una chispa.

Era cosa concluida. Marius amaba á una mujer. Su destino entraba en una senda desconocida.

La mirada de las mujeres se asemeja á ciertos rodajes tranquilos en apariencia pero formidables. Pasáis junto á ellos todos los días pacífica é impunemente, y sin sospechar nada; pero llega un momento en que os olvidáis de que aquella cosa se halla allí; y vais, y venís, y caviláis, y habláis, y veis; cuando hé aquí que de repente os sentís cogido! Es asunto terminado. El rodaje os retiene asido, la mirada os ha hecho caer en la trampa. Os ha cogido, no importa por dónde ni cómo, por una parte cualquiera de vuestro pensamiento que iba arrastrando, por una distraccion que habéis tenido. Y estáis ya perdido enteramente. Pasaréis por la rueda todo entero, en cuerpo y alma. Un misterioso encadenamiento de fuerzas se apodera de vos. En vano resistís, en vano os agitáis por desasiros. Ya no hay auxilio humano posible. Vais á caer de engranaje en engranaje, de agonía en agonía, de tormento en tormento, vos, vuestro espíritu, vuestra fortuna, vuestro porvenir, vuestra alma; y segun que os hallareis en poder de una criatura malvada, ó de un noble corazon, no saldréis de aquella pavorosa máquina sino desfigurado por la vergüenza ó transfigurado por la pasion.

VII

AVENTURAS DE LA LETRA U ENTREGADA Á LAS CONJETURAS

El aislamiento, el desasimiento de todo, la altivez, la independencia, el gusto de la naturaleza, la ausencia de actividad cotidiana y material, la vida interior ó subjetiva, las luchas secretas de la castidad, el éxtasis, benevolencia ante toda la creacion, habian preparado á Marius para esa posesion que se llama la pasion del amor.

Su culto por su padre habia venido á ser para él poco á poco una religion, y, como toda religion, habíase retirado al fondo del alma. Era menester algo que colocar en el primer plano; y vino el amor.

Transcurrió un mes largo, durante el cual fué Marius todos los días al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podia retenerlo. — Está de servicio, decia Courfeyrac. Marius vivia en un continuo arrobamiento. Es verdad que a jovencita le miraba.

Habia concluido pues por cobrar ánimo, y ya se acercaba al banco. Sin embargo, no se atrevía á pasar delante de él, obedeciendo á la vez al instinto de timidez y al instinto de prudencia de los enamorados. Creía útil no llamar « la atención del padre. » Combinaba sus estaciones detras de los árboles y de los pedestales de las estatuas con un profundo maquiavelismo, en términos de hacerse ver lo más posible á la jóven, y dejarse ver lo ménos posible del buen señor anciano. A veces permanecía por espacio de más de média hora inmóvil á la sombra de un Leónidas ó de un Spartaco cualquiera, llevando en la mano un libro, por encima del cual sus ojos, dulcemente levantados, iban á buscar á la jovencita, mientras que esta á su vez volvía con una vaga sonrisa su lindo perfil hácia él. Sin dejar de conversar lo más natural y lo más tranquilamente del mundo con el hombre de la cabellera blanca, apoyaba ella en Marius todos los ensueños y delirios de su vista virginal y apasionada. ¡Antiguo é inmemorial manejo que Eva sabía desde el primer día del mundo, y que toda mujer sabe desde el primer día de la vida! Su boca daba la réplica al uno, y su mirada daba la réplica al otro.

Sin embargo, preciso es creer que el señor Leblanc concluyó por notar algo, porque generalmente, cuando llegaba Marius, se levantaba él y se ponía á pasear. Había abandonado su sitio habitual, y había adoptado, en la otra extremidad de la avenida, el banco inmediato al Gladiador, como para ver si Marius los seguía allí también. Marius no comprendió, y cometió esta falta. « El padre » empezó á ser inexacto, y ya no traía á « su hija » todos los días. Algunas veces venía él solo. Entónces Marius no permanecía allí. Otra falta.

Marius no prestaba la menor atención á estos síntomas. De la fase de la timidez, había él pasado, — progreso natu-

ral y fatal, — á la fase de la ceguedad. Su amor iba en aumento. Él le hacía soñar todas las noches. Además, habíale sobrevenido una dicha inesperada, aceite sobre él fuego, reduplicación de tinieblas en sus ojos. Una tarde, al oscurecer, encontró en el banco que « el señor Leblanc y su hija » acababan de dejar, un pañuelo, un pañuelo enteramente liso y sin bordado alguno, pero blanco, fino, y que le pareció exhalar perfumes inefables. Apoderóse de él con transporte. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras U. F. Marius no sabía nada de aquella hermosa niña, ni de su familia, ni de su nombre, ni de su morada; estas dos letras eran la primera cosa que le venía á las manos procedente de ella, adorables iniciales sobre las cuales empezó él en seguida á construir sus castillos fantásticos. Era evidente que la U indicaba el nombre. ¡ Úrsula! dijo entre sí, ¡ qué nombre tan delicioso! Besó el pañuelo, le aspiró con entusiasmo, le puso sobre su corazón, sobre su carne, durante el día, y por la noche bajo sus labios para dormirse.

— ¡ Aquí siento yo toda su alma! exclamaba.

Aquel pañuelo era del señor anciano, á quien se le había caído buenamente del bolsillo.

Los días que se siguieron al del hallazgo, ya no se presentó él en el Luxemburgo sino besando el pañuelo y apoyándole sobre su corazón. La bella niña nada de esto comprendía, y así se lo indicaba por medio de señas imperceptibles.

-- ¡ Oh pudor! decía Marius.

VIII

HASTA LOS INVALIDOS PUEDEN SER DICHOSOS

Pues que hemos pronunciado la palabra *pudor*, y puesto que nada ocultamos, debemos decir que una vez sin embargo, en medio de sus éxtasis, « su Úrsula » le infirió un agravio muy serio. Era uno de aque los días en que ella determinaba al señor Leblanc á abandonar su banco y á pasearse por la avenida. Movíase una viva brisa de prairial que agitaba las elevadas copas de los plátanos. El padre y la hija, dándose el brazo, acababan de pasar por delante del banco de Marius. Marius se habia levantado detras de ellos y los seguía con la vista, como conviene en esa situación de alma desatinada.

De repente, una bocanada de viento, más alegre y retizona que las otras y probablemente encargada de arreglar los negocios de la primavera, partió del vivero (*pépinière*), recipitó sobre la avenida, envolvió á la jóven en un

gracioso estremecimiento digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Theócrito, y la levantó el vestido, aquel vestido más sagrado que el de Isis, casi hasta la altura de la liga, dejando ver una pierna de la forma más exquisita. Marius la vió, y se puso exasperado y furioso.

La jóven se apresuró á bajar rápidamente el vestido, con un movimiento en cuyo desenfado se mostraba desde luego su gracioso enojo, mas no por eso quedó él ménos indignado. Es verdad que él estaba solo en la avenida. Pero no cabe duda de que tambien podia haberse hallado allí álguien. ¡ Y si, en efecto, hubiera habido álguien allí ! ¿ Puede comprenderse una cosa igual ? ¡ Es horrible lo que acaba ella de hacer ahí ! — ¡ Ah ! la pobre niña nada habia hecho ; no habia sino un culpable, el viento ; pero Marius, en cuya alma se estremecía confusamente el Bartholo que hay en el Querubin, estaba decidido á mostrarse descontento, y tenia celos hasta de su sombra. Así, en efecto, es como despiertan en el corazon humano y se imponen, áun sin el menor derecho para ello, los ásperos y caprichosos celos de la carne. Por lo demas, áun prescindiendo de estos celos, la vista de aquella pierna hechicera nada grato habia tenido para él : la média blanca de la primera mujer que pasara junto á él le habria causado un placer más grande.

Cuando despues de haber llegado al extremo de la avenida, volvió « su Úrsula » sobre sus propios pasos en compañía del señor Leblanc, y transitó por delante del banco en que Marius habia vuelto á sentarse, la dirigió Marius una mirada regañona y feroz. La jóven inclinó ligeramente la cabeza hácia atras, acompañando este movimiento de ese arqueo de cejas y de párpados que equivale á decir : ¿ Y bien, qué es lo que tendré ?

Esta fué « su primera querrela. »

Apénas acababa Marius de representar esta escena tele-

gráfica con los ojos, cuando un individuo atravesó la avenida. Era un inválido enteramente encorvado y arrugado y completamente blanco, con su uniforme de Luis XV, ostentando sobre su torso la plaquita ovalada de grana con las espadas, cruzadas, cruz de San Luis del soldado, y adornado además con una manga de casaca sin brazo dentro; una barba de plata y una pierna de palo. Marius creyó distinguir que este sér llevaba trazas de hallarse extremadamente satisfecho. Aún le pareció que el viejo cínico, miéntras que iba cojeando junto á él, le habia hecho una guiñada muy fraternal y muy gozosa, como si una casualidad cualquiera hubiera hecho que ellos pudiesen estar de comun acuerdo, por haber saboreado mancomunadamente alguna buena é inesperada fortuna. ¿Qué era pues lo que tenia para estar tan contento, aquel resto de Marte? ¿Qué es lo que habia pasado entre aquella pierna de palo y la otra? Marius llegó al paroxismo de los celos. — ¡Quizas se hallaba él allí! decia en su interior; ¡tal vez ha visto! — Y le vinieron ganas de exterminar al inválido.

Con el auxilio del tiempo, toda punta se embota y se desgasta. Este enojo de Marius contra « Úrsula, » por más justo y legitimo que él fuese, pasó al fin. Concluyó él por perdonar; pero no sin que esto le costara los mayores esfuerzos; por espacio de tres dias la hizo mala cara.

Entre tanto, en medio de todo esto y aún á causa de esto mismo, la pasion aumentaba, convirtiéndose en una especie de locura.



X

ECLIPSE

Acabamos de ver cómo habia descubierto Marius, ó cómo habia creído descubrir, que Ella se llamaba Úrsula.

El amor aumenta el deseo y la curiosidad, como el comer, excita el apetito. Saber que ella se llamaba Úrsula, era ya mucho; pero no tardó en ser poco. En tres ó cuatro semanas, habia devorado Marius aquella felicidad; y quiso disfrutar otra. Quiso saber dónde habitaba.

Habia él cometido una primera falta: caer en la emboscada del banco del Gladiador. Habia tambien cometido una segunda: no permanecer en el Luxemburgo cuando el señor Leblanc venía solo. Del mismo modo cometió una tercera, inmensa. Siguió á « Úrsula ».

Habitaba ella en la calle del Oeste, en el sitio ménos frecuentado, una casa nueva, de tres pisos, de modesta apariencia.

Á partir de este momento, Marius añadió á la dicha de verla en el Luxemburgo la dicha de seguirla hasta su casa. Su hambre aumentaba. Sabía cómo ella se llamaba, á lo ménos su nombre de pila, aquel nombre precioso, el verdadero nombre de una mujer; sabía dónde habitaba; quiso despues saber quién era.

Una tarde, despues que los hubo seguido hasta su casa y que los vió desaparecer bajo la puerta cochera, entró detras de ellos y dijo resueltamente al portero:

— ¿Es el caballero del cuarto principal el que acaba de entrar en este momento?

— No, respondió el conserje. Es el inquilino del cuarto tercero.

Ya esto era un paso más. Este buen éxito daba alientos á Marius.

— ¿Exterior? preguntó él.

— ¡Pardiez! dijo el portero, la casa no tiene más cuartos que los que dan á la calle.

— Y qué oficio ó empleo tiene ese caballero? repuso Marius.

— Es un señor que vive de sus rentas. Un hombre muy bueno, que hace mucho bien á los desgraciados, aunque no es rico.

— ¿Cómo se llama? anadió Marius.

El portero levantó la cabeza y dijo:

— ¿Es que por ventura es usted algun espía?

Marius se marchó, bastante corrido, pero muy contento. Iba adelantando cada vez más.

— Bueno, dijo para su coleteo. Ya sé que se llama Úrsula, que es hija de un rentero, que vive allí, en el tercer piso, calle del Oeste.

Al otra día, el señor Leblanc y su hija sólo hicieron en el Luxemburgo una corta aparicion, — marchándose cuando todavía no se habia puesto el sol. Marius los si-

guió á la calle del Oeste, como ya habia tomado la costumbre de hacerlo. Al llegar al portal de su casa, el señor Leblanc hizo pasar á su hija delante de él, en seguida se detuvo ántes de atravesar el umbral de la casa, se volvió y miró fijamente á Marius.

El dia siguiente, ya no fueron al Luxemburgo. En vano los esperó Marius todo el dia.

Al anochecer, se dirigió á la calle del Oeste, y vió por las ventanas que habia luz en las habitaciones del cuarto tercero. Se puso á pasear frente á las ventanas hasta que apagaron la luz en aquella vivienda.

Al otro dia, nadie se presentó tampoco en el Luxemburgo. Marius esperó toda la tarde, y despues se fué á hacer su faccion nocturna frente á las ventanas, donde permanecia hasta las diez de la noche. Las horas de su comida sufrían así un gran trastorno, y solia alimentarse como podia. La fiebre nutre al enfermo y el amor al enamorado.

Ocho dias pasaron de esta manera, sin que el señor Leblanc y su hija volbiesen á aparecer ya más en el Luxemburgo. Marius hacía las más tristes conjeturas; no se atrevia á acechar el portal de aquella casa durante el dia, contentándose con ir por la noche á contemplar la claridad rojiza de las vidrieras, por donde distinguía en ciertos momentos el paso como de unas sombras que atravesaban por las habitaciones, y el corazon le latía entonces.

El octavo dia cuando llegó frente á las ventanas, no habia luz en ellas. — ¡Vaya! dijo, aún no han encendido la lámpara. Y sin embargo, ya es de noche. ¿Será que habrán salido? Y esperó allí hasta las diez, y continuó esperando hasta las doce, hasta la una de la mañana. Pero ninguna luz se encendió en las ventanas del cuarto tercero y nadie entró en la casa durante este tiempo. Se marchó muy sombrío y desconsolado.

El día siguiente, — pues él no vivía sino de mañana en mañana, no habiendo ya, por decirlo así, hoy para él, — el día siguiente no halló á nadie en el Luxemburgo, como así esperaba él que sucediese; y al oscurecer, se dirigió hácia la casa. Ninguna luz había tampoco en las ventanas; las ventanas estaban cerradas; el cuarto tercero enteramente oscuro.

Marius llamó á la puerta de la casa, entró, y dijo al portero :

— ¿El caballero del tercer piso?

— Se ha mudado, contestó el portero secamente.

Marius vaciló sobre sus talones, y preguntó con voz débil :

— ¿Cuándo se ha mudado?

— Ayer.

— ¿Y en dónde vive ahora?

— No lo sé.

— ¿Pues qué, no le ha dejado á usted las señas de su nueva habitación?

— No.

Y el portero, levantando la nariz, reconoció á Marius.

— ¡ Toma! es usted, dijo, ¿conque decididamente usted es espía?

LIBRO SÉPTIMO

PATRÓN-MINETTE

I

LAS MINAS Y LOS MINEROS

Todas las sociedades humanas tienen lo que se llama en los teatros un tercer escotillon. El suelo social está minado por todas partes, ora para el bien, ora para el mal. Estas obras van sobrepuestas. Hay minas superiores y minas inferiores. Existe un piso alto y un piso bajo en ese oscuro subterráneo que á veces se desfonga bajo el visible pavimento de la civilización, y que nuestra indiferencia y nuestra apatía huellan sin cesar. La Enciclopedia era, en el siglo anterior, una mina casi á cielo descubierta. Las tinieblas, esas sombras procreadoras del cristia-